



—¡Esta vez no te librarás de mí, lady Esther! —dijo lord Soledad con la voz temblando de cólera—. Te voy a encerrar en la mazmorra más profunda y oscura de mi castillo. ¡Y te voy a dejar ahí abajo hasta que te devoren las ratas!

—Tú, enclenque, ¿pretendes encerrarme? —se burló lady Esther—. ¿Acaso has olvidado que tengo quinientos caballeros a mi servicio? ¡Vendrán galopando a liberarme! ¡Y luego te llevarán a mi castillo y te colgarán del palo mayor! ¡Allí te quedarás hasta que se te coman los buitres!

—¿Quinientos caballeros, dices? —Lord Soledad se rió a carcajadas—. ¡Ya no queda ni uno en el castillo! Los caballeros han huido despavoridos porque los tenías a pan y agua, y no cumplías tus promesas.

—¡Jeremy! —gritó una voz aguda y estridente.

Sonaba como la voz de lady Esther, pero procedía de otra habitación.

—¿S-sí? —tartamudeó Jeremy.

—¿Con quién hablabas? —gritó la voz estridente.

De repente, Jeremy regresó a la realidad. Ya sabía de dónde venía la voz: del salón donde su madrastra Rita estaba tumbada en el sofá. Él pensaba que dormía la siesta, como cada mediodía. ¿La habría despertado con su teatro de sombras? Jeremy apagó rápidamente la linterna con la que iluminaba el escenario. Luego guardó bajo la cama el teatrillo que había construido con una caja de cartón.

Justo a tiempo. En ese preciso momento se abrió la puerta y Rita entró en el dormitorio con cara de pocos amigos. La meleana pelirroja de bote se le había quedado de punta y alborotada.

—¿Quieres hacer el favor de contestar cuando te hago una pregunta! —bramó.

—Sí... —dijo Jeremy resignado.

—A ver: ¿con quién hablabas hace un momento?

—Hablabo solo.

—¿Solo?

Rita exhaló un «ufff» despectivo. Luego se acercó a la ventana y describió las cortinas de color rojo oscuro que Jeremy había corrido para jugar con el teatro de sombras.

A continuación, se paseó por la habitación y la examinó con sus ojos azules y gélidos («¡Como un juez antes de dictar sentencia!», pensó Jeremy).

Su cara se parecía a la de lady Esther: era alargada y enjuta, con una nariz pronunciada y la barbilla angulosa. Pero Esther no era más que un recorte de cartón negro que Jeremy había hecho para jugar. Rita, en cambio, era real, ¡demasiado real!, como bien sabía Jeremy.

—¿Por qué has corrido las cortinas? —le preguntó mientras inspeccionaba desde las zapatillas de deporte de Jeremy hasta

su cabellera rubia—. No quieres que nadie se entere de lo que te traes entre manos, ¿verdad?

Cualquier otro hubiera empezado a temblar de miedo ante la mirada de Rita, pero Jeremy estaba acostumbrado, así que se limitó a encogerse de hombros y dijo:

—No tengo nada que esconder.

—Entonces, ¿qué hacías?

Rita inspeccionó nuevamente la habitación con mirada desconfiada, pero no logró encontrar nada sospechoso.

—Descansar —dijo él.

—Descansar... —repitió ella, y volvió a resoplar—. ¿Sabías que no queda leche ni mantequilla?

—No.

—Y eso ¿qué quiere decir? —Una pronunciada arruga se marcó entre sus cejas negras, que se apretaron hasta formar una sola—. ¿Quiere decir que te niegas a hacer la compra?

—No. Quiere decir: no sabía que faltara leche y mantequilla —dijo Jeremy.

—Pues ahora ya lo sabes —sentenció Rita.

Rita trabajaba por las tardes en una fábrica de flores de plástico. En el camino de vuelta a casa pasaba por toda clase de tiendas, pero nunca se detenía a hacer la compra. Prefería mandar a Jeremy; le encantaba fastidiarlo. A él eso no le gustaba un pelo, pero lo que de verdad le sacaba de quicio era que Rita sólo tenía diez años más que él. ¡No tenía ningún derecho a darle órdenes todo el tiempo! Su poder sobre él se debía únicamente a que estaba casada con su padre.

La madre de Jeremy había muerto dos años antes, cuando él cumplió los nueve. Un año más tarde su padre se había casado con Rita; en teoría, porque Jeremy necesitaba una madre. Pero el verdadero motivo lo descubrió Jeremy cinco meses des-

pués de la boda, cuando nació su hermanastra Tiffany. Rita amaba a Tiffany con locura. Naturalmente, a Tiffany le daban la mejor comida, la ropa más bonita y los juguetes más caros. Por suerte, entre semana la niña se quedaba en casa de los padres de Rita. Jeremy sólo tenía que soportar los fines de semana cómo Rita la mimaba sin freno y le concedía todos sus deseos. Por eso pasaba el menor tiempo posible en el piso. A veces recorría durante horas la comarca con la vieja bicicleta que su padre le había comprado por veinte euros en la oficina de objetos perdidos.

—¿Qué escondes debajo de la cama? —preguntó Rita, que había visto la punta de la caja de cartón.

—¡Nada! —gritó Jeremy.

Y esa respuesta sólo sirvió para aumentar las sospechas de Rita, que se agachó a mirar. Sin que Jeremy pudiera evitarlo, sacó la caja de debajo de la cama.

—Entonces, ¿esto qué es?

Con una mezcla de asco y curiosidad examinó el teatro de sombras: el trozo de tela blanca que había clavado en la abertura frontal, los orificios que había hecho a los lados de la caja para las barritas de madera con las que Jeremy movía las figuras, el agujero para la linterna en la pared trasera de la caja de cartón...

—¿Hay cucarachas en la caja? —preguntó Rita—. ¿O guardas arañas? —añadió con una mueca.

—¡No! —gritó Jeremy mientras apretaba los puños.

«Si pudiera hacer magia», pensó, «tomaría la varita mágica, pronunciaría un conjuro y ¡pling!, convertiría a Rita en una araña.»

Pero él no sabía hacer magia. De hecho, Jeremy tenía pocas virtudes. No se le daba bien el deporte, era bajito y del-

gado para su edad, no tenía amigos de verdad, ni madre... y lo único que le divertía y emocionaba era su teatro de sombras.

Y ahora estaba en las manos de Rita...

La chica sonreía con una sonrisa repugnante y malvada. Abrió la tapa y arrancó las barras de madera en las que estaban pegados lord Soledad y lady Esther.

—¿Has recortado tú las figuras? —se burló—. ¡Bah, hasta Tiffany lo habría hecho mejor!

—No es asunto tuyo —gruñó Jeremy—. ¡Devuélveme ahora mismo mi teatro de sombras!

—Mira por dónde... —dijo Rita triunfal—. Hacer la compra siempre te da pereza, pero cuando te interesa algo, no te importa dedicarle horas y horas. ¿O no?

—No me da pereza ir a comprar —se defendió Jeremy—. ¡Voy todos los días! Si hay alguien que se escaquee de hacer la compra, eres tú.

Jeremy no debería haber dicho eso pues Rita lanzó un chillido y luego gritó:

—Tú..., inútil, mocososo, niñoato descarado, holgazán, tú...

Le faltaba el aire; parecía que se le habían agotado los insultos.

Jeremy se cubría los ojos con el brazo derecho mientras esperaba el primer golpe de su madrastra, pero no llegó. En lugar de eso oyó un desgarrar, seguido de un ruido seco y un crujido. Cuando dejó caer el brazo, contempló horrorizado cómo Rita pisoteaba el teatro de sombras.

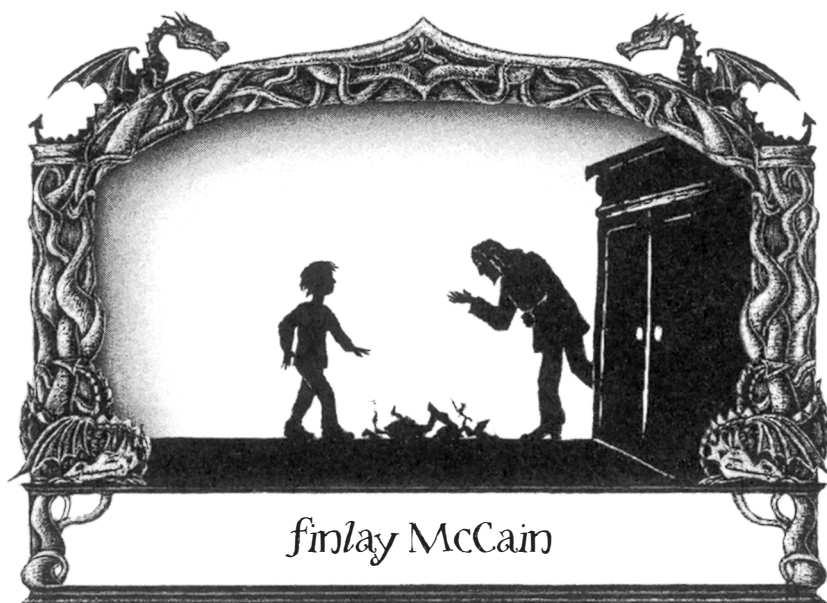
—¡Eso es lo que has conseguido con tu descarar! —gritó—. ¡Y cuando tu padre vuelva a casa esta noche le voy a contar todo! ¡Espera y verás!

Dicho esto, Rita salió de la habitación como un rayo ce-

rrando de un portazo. Parecía haberse olvidado de que había mandado a Jeremy a hacer la compra.

Jeremy levantó con cuidado la caja. Parecía como si le hubiera pasado por encima un camión: la tapa y las paredes estaban aplastadas, el trozo de tela blanca arrancado. De lord Soledad y lady Esther sólo quedaban los restos. Rita había roto incluso las barras de madera.

Los ojos de Jeremy empezaron a arder, pero no dejaron escapar ni una sola lágrima. Tras la muerte de su madre, había llorado noche tras noche, pero un día se encontró totalmente vacío y sin lágrimas. Desde entonces no había vuelto a llorar.



—Si quieres, te enseño un teatro de sombras de verdad —dijo entonces una voz tenebrosa—, ¡una con sombras vivas!

Jeremy se estremeció. Asustado, dirigió la mirada hacia el armario. La voz había salido de allí.

—¿Quién... quién anda ahí? —preguntó.

Una insólita figura se deslizó desde la ranura que separaba el armario de la pared.

—Me llamo Finlay McCain.

Jeremy no podía creer lo que veía. Todo el hombre era gris: la piel, los ojos grandes y expresivos, los labios, su barba corta pero puntiaguda, el pelo largo y ligeramente ondulado, el traje, la camisa, las botas, las manos... incluso las uñas eran grises. ¡Como si se hubiera caído en una bañera llena de tinta gris!, pensó Jeremy.

—También puedo ayudarte a arreglar el teatro de sombras —dijo Finlay McCain—. Tú decides.

—¿Que decida el qué? —preguntó Jeremy.

—Si te quedas aquí o si vienes conmigo.

Jeremy pensó que había oído mal.

—¿Que vaya con usted?

—¡Me encantaría y sería todo un honor! Pero, por favor, hableme de tú —dijo Finlay con una reverencia.

Sorprendido por este gesto, Jeremy preguntó:

—Y ¿adónde iríamos?

—A Grislandia.

—¿A Grislandia? ¿Dónde cae eso?

—Es un lugar al que muy pocos pueden llegar —dijo Finlay—. Y tú eres uno de ellos.

—¿Yo? ¿Por qué precisamente yo?

—Porque tú eres amigo de las sombras.

Jeremy notó que su corazón latía acelerado. Luego dijo en voz baja:

—A veces siento que yo mismo soy una sombra.

Finlay asintió con la cabeza. No parecía sorprendido con la confesión de Jeremy.

—Por eso te necesitamos en Grislandia —dijo—. Tienes que reconquistar los colores para nosotros.

—¿Qué colores?

—Todos. Antes, nuestro país no se llamaba Grislandia sino Iris, pero nos arrebataron los colores y desde entonces todo es gris. Pero tú, Jeremy Golden, ¿podrías reconquistar los colores para nosotros!

—¿Sabes cómo me llamo?

—Sí. Precisamente tu apellido, Golden, que significa «dorado», es lo que me ha traído hasta ti.

—Pero mi padre también se apellida Golden —dijo Jeremy—. Y ahora también mi madrastra... y mi hermanastra —añadió con un poco de amargura.

—Para tu familia no es más que un apellido —dijo Finlay—. Pero tú eres «dorado» de verdad.

Jeremy no acababa de entender qué quería decir Finlay. ¿Se refería a su pelo rubio, que en verano a veces resplandecía como el oro?

—Además, tienes los ojos de diferente color —sonrió Finlay—. El izquierdo es azul y el derecho es verde azulado.

—¿Cómo te has dado cuenta? —se sorprendió Jeremy.

—Mi misión es fijarme en ese tipo de cosas —dijo Finlay—. ¿Sabes qué significa tener los ojos de diferente color?

—No.

—Significa que serás algo muy especial.

—¿Yo? —dijo Jeremy incrédulo.

—¡Sí, tú!

De repente se hizo el silencio. Del salón llegaba el sonido del televisor, lo que demostró a Jeremy que no estaba soñando despierto. El extraño hombre gris, que había dicho cosas tan asombrosas sobre él, estaba allí de verdad. ¡No eran imaginaciones suyas!

—Puedes tocarme, si quieres —dijo Finlay como si hubiera leído el pensamiento de Jeremy—. Soy de carne y hueso.

Dicho esto, tendió su mano a Jeremy, que después de vacilar la tomó.

—Estás confundido y también un poco asustado —dijo Finlay—. Lo sé por los latidos de tu corazón.

—¿Notas mis latidos?

—Sí. Los latidos de tu corazón también me revelan que hay una gran fuerza en tu interior y que pronto se manifestará.

Jeremy soltó la mano de Finlay. En la escuela siempre le habían considerado un debilucho y se habían reído de él, porque huía de las peleas. Nunca hubiera imaginado que poseía una

fuerza interior, y todavía menos una gran fuerza, como acababa de decir Finlay.

—¿Te has decidido ya? —preguntó Finlay.

Sus ojos grises escrutaban a Jeremy con atención. Sin embargo, su mirada era completamente diferente de la mirada penetrante de Rita. Ésta expresaba una alegre esperanza mezclada con algo que no sabía definir.

Jeremy respiró profundamente antes de decir:

—Sí. Ya me he decidido.

Los ojos de Finlay centellearon.

—Y bien... —preguntó.

—¡Voy contigo a Grislandia! —dijo Jeremy con voz temblorosa—. De todos modos, aquí no se me ha perdido nada —añadió mientras miraba la puerta cerrada de la habitación—. Mi padre nunca tiene tiempo para mí y mi madrastra me odia. También para mi hermanastra es mejor que yo no esté. Únicamente tenemos dos habitaciones y Rita, mi madrastra, dice que en el piso sólo hay sitio para un niño. Apuesto a que todos se alegrarán mucho cuando desaparezca.

Jeremy se detuvo a tomar aire. No recordaba cuándo había sido la última vez que había hablado tanto de golpe.

—¿Y dónde está tu madre, tu verdadera madre? —preguntó Finlay.

Los ojos de Jeremy volvieron a arder.

—Murió.

—Lo siento mucho —dijo Finlay mientras le miraba compasivo; tras un breve silencio le preguntó—: ¿Estaba enferma tu madre?

—No, estaba sana como una manzana y de repente... —Jeremy casi sollozó—. Mi padre no me quiere contar lo que sucedió en realidad. Pero sé que no murió de una enfermedad.

—¿Y tu padre? —preguntó Finlay—. ¿No te echará de menos?

—Mi padre también se alegrará de que no esté —dijo Jeremy—. Por mi culpa discute constantemente con Rita. Él siempre dice que está entre dos orillas. En un lado estoy yo y en el otro está Rita. Y tiene una pierna en cada lado, dice, sin poderse mover. Pero cuando me vaya eso se arreglará. Entonces podrá ir a la orilla de Rita y Tiffany.

Al decir esto último Jeremy sintió una punzada en la barriga. Le sucedía a menudo cuando pensaba en su padre. ¡Pero en Grislandia no tendría que soportar más este dolor!

—¿Y tus amigos? —preguntó Finnlay—. Porque tienes amigos, ¿no? —añadió al ver que Jeremy no respondía.

—Tenía un amigo, Connor —carraspeó Jeremy—. Pero desde que murió mi madre ya no nos vemos. Connor dice que me he vuelto raro —dijo encogiéndose de hombros—. A lo mejor es verdad que me he vuelto raro.

—No lo creo —dijo Finlay—. Sólo te has vuelto más serio y reflexivo. Pero Connor no sabe lo que es perder a su madre.

Jeremy asintió con la cabeza. Era bien extraño: ¡Finlay, a quien conocía desde apenas media hora antes, le entendía mejor que su propio padre!

—Y aparte de Connor ¿no tienes más amigos? —preguntó Finlay.

—Ninguno de verdad.

—¿Tampoco tienes alguna amiga especial?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Jeremy con una rotundidad involuntaria.

Finlay le miró pensativo. Probablemente opinaba que, a causa de la muerte de su madre y de las malas experiencias con Rita y Tiffany, rehuía el trato con las chicas y las mujeres. Y era

cierto: se había prometido no casarse nunca ni tener hijos. Para Jeremy los niños eran lo más valioso, pero también lo más desprotegido y vulnerable del mundo. Nunca le haría daño a un niño, ¡y menos aún a su propio hijo!

—Y ¿qué pasará con el colegio? —preguntó Finlay—. Porque debes ir al colegio...

—Tengo que repetir este curso de todos modos porque he faltado demasiadas veces.

—¡Entonces nuestro viaje puede empezar! —exclamó Finlay McCain sin intentar ocultar su alegría.



Rory Boladefuego

Finlay abrió la ventana.

—Pero si vivimos en el segundo... —dijo Jeremy asustado—. ¡No creo que podamos saltar desde tan alto!

—No tienes que saltar —dijo Finlay—. ¡Vamos a volar!

—¿Volar? ¿No has venido en coche?

—No. Ya no usamos el coche.

—¿Por qué no?

—Todas las luces de nuestros coches son grises: los faros, los intermitentes, las luces de freno, las de aviso. Por eso no podemos conducir.

—¿Cómo has venido, entonces? —preguntó Jeremy.

Finlay sonrió misteriosamente. Se sacó del bolsillo un silbato de madera gris y sopló. Se oyó un sonido agudo y estridente.

—Rory Boladefuego nos espera en el tejado del edificio de enfrente —explicó.

—¿Y quién es Rory Boladefuego? —preguntó Jeremy.

Antes de que Finlay pudiera responder, apareció un globo gris que se aproximaba hacia ellos. Parecía uno de esos globos de aire caliente que Jeremy había visto por televisión. Y en la barquilla había... ¡un dragón!

—¿Ése es Rory Boladefuego? —preguntó Jeremy boquiabierto.

El dragón le dedicó una reverencia como la que acababa de hacer Finlay y dijo:

—¡Es para mí un honor conocerte, Jeremy Golden!

Su voz sonaba como un gong o, mejor dicho, ¡habría sonado como un gong si los gongs hablaran!, pensó Jeremy. El dragón tenía el cuerpo cubierto de escamas grises, pero Jeremy sólo podía ver su parte superior. También tenía alas grises y dos poderosas patas con unas delicadas garras, muy parecidas a las manos humanas. Su cabeza de lagarto estaba coronada por una puntiaguda cresta. El hocico del dragón era llamativamente ancho, con grandes orificios nasales de los que ascendía una fina cortina humeante. Por suerte, la bestia sólo le llegaba a Jeremy hasta el hombro. Eso la hacía menos aterradora.

—El honor es mío —dijo Jeremy.

—¿De veras? —dijo riendo.

Su risa sonaba como si tocara un tamboril.

—Rory es una dragona muy amable —aseguró Finlay.

Jeremy tragó saliva.

—¿Rory... ejem... es... una dragona?

—Para ser más exactos —dijo Finlay—, es una dragona jovencita.

—¿No te gustan las dragonas jovencitas? —preguntó Rory mientras mandaba una nube de humo en dirección a Jeremy.

Jeremy tosió. El humo estaba muy caliente y dejaba un regusto picante en la lengua.

—Sólo te conozco a ti —confesó.

—Y ¿qué tal? ¿Te gusto? —preguntó Rory mientras se peinaba la cresta.

—Por... por supuesto —dijo Jeremy sin sonar muy convincente.

Rory Boladefuego emitió un murmullo de desaprobación.

—¡En marcha! —dijo Finlay mientras subía al marco de la ventana.

Acto seguido, el globo gris bajó y Finlay estuvo a punto de aterrizar sobre el globo en lugar de en la cesta.

—¡Rory! —la riñó—. ¡No te olvides de soplar!

—Perdón —dijo Rory.

Para recuperar altura, la dragona exhaló una potente llamarada. Jeremy comprobó que el fuego que salía de su hocico y de las fosas nasales ¡no era rojo sino gris! Jamás habría creído que existiera el fuego gris. ¡Aunque tampoco habría creído que un día conocería una dragona de verdad!

Rory Boladefuego había lanzado tantas llamas que el globo pasó de largo la ventana de Jeremy. Ganaba altura aceleradamente y tardó un buen rato hasta que el aire del globo se enfrió y pudo volver a descender. Cuando llegó otra vez a la ventana de Jeremy, Finlay saltó dentro de la barquilla y Jeremy le siguió.

Para alivio de Jeremy, Rory le hizo sitio y se colocó en el borde mientras se agarraba a las cuerdas. Entonces pudo ver el resto de su cuerpo: tenía una cola muy larga, terminada en un poderoso aguijón. Sus patas traseras eran musculosas y sus pies se parecían a los de los humanos. Al igual que Finlay, Rory era toda gris, como si hubiera caído en la misma bañera de tinta gris.

La dragona lanzó varias llamaradas pequeñas y el globo

empezó a elevarse. La casa en la que Jeremy había pasado toda su vida, primero con sus padres, luego con su padre, Rita y Tiffany, se hacía cada vez más pequeña.

Jeremy miraba la tierra desde las alturas. Creía que habría grupos de curiosos mirándoles en pleno vuelo: vecinos de su bloque, transeúntes, niños del barrio que conocía, quizá incluso Rita. Pero nadie miraba hacia arriba. ¡Aparentemente nadie había advertido aquel globo tan particular ni había oído las llamaradas de Rory Boladefuego! Por unos momentos Jeremy se sintió decepcionado. Ni siquiera cuando partía hacia un país extraño con una dragona que lanzaba fuego y un enigmático hombre gris, reparaban en él.

Pero si la gente mostraba indiferencia hacia él, ¡él tampoco los iba a echar de menos!, pensó. ¡Se acabó el sentir remordimientos por haber aceptado la invitación de Finlay!

La dragona exhaló una nueva llamarada y se deslizaron hasta el interior de una nube. ¡Entonces el mundo que conocía Jeremy desapareció tras una gruesa cortina!